

# **LA VIDA QUE NO QUEREMOS VER**

Jaime Alarcia

Platero  
COOLBOOKS 

Título: La vida que no queremos ver

Primera edición: marzo, 2023

© 2023, del texto Jaime Alarcia.

© 2023, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.

© Platero Editorial S.L.

Glorieta Fernando Quiñones s/n .

Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)

info@plateroeditorial.es

www.plateroeditorial.es

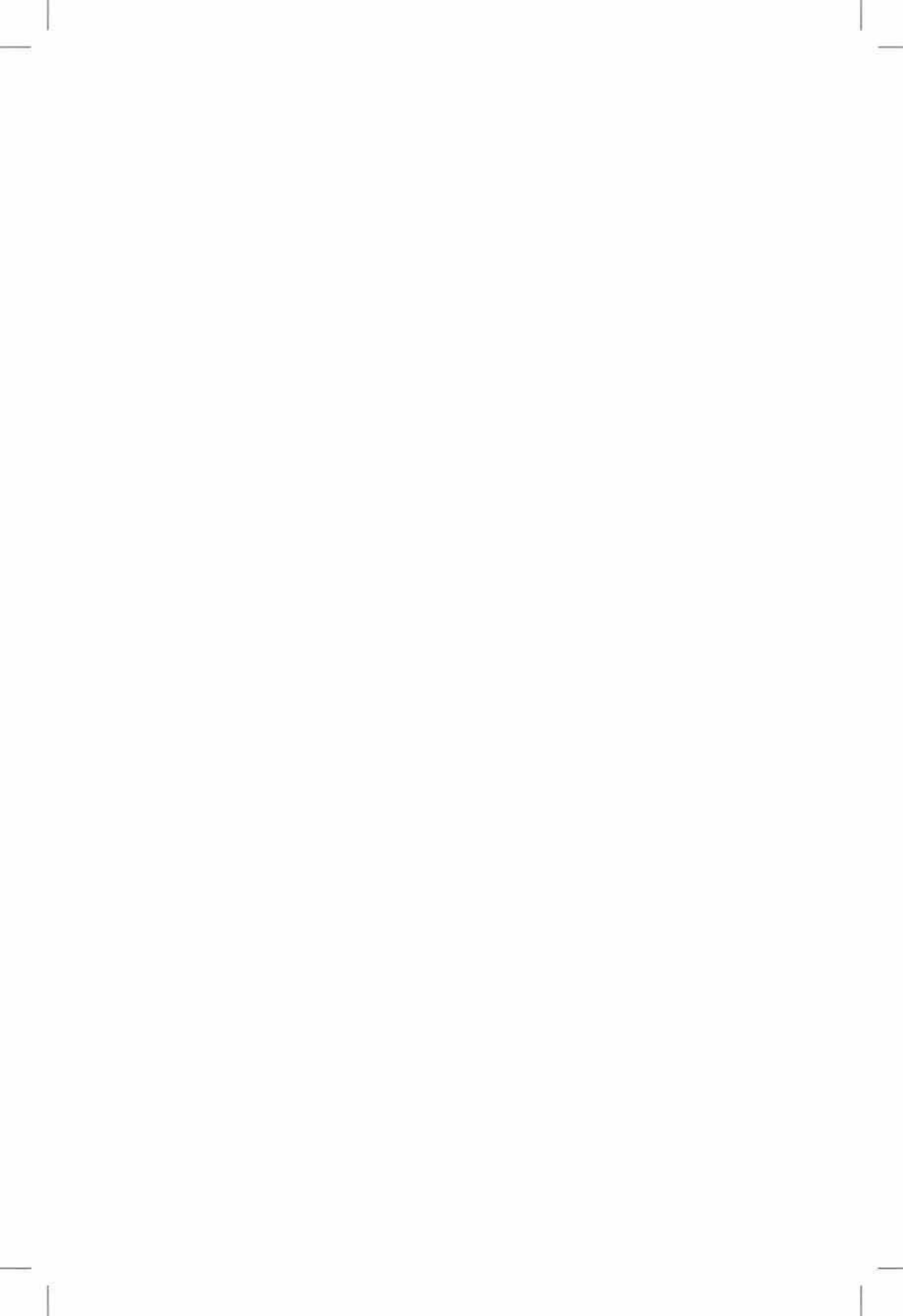
Diseño de cubierta: Platero Coolbooks.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Printed in Spain-Impreso en España

ISBN: 978-84-19492-44-9

*A mis padres y a mi hermana, con quienes comparto los genes y vivencias que me hacen ser como soy. A mis amigos de San Sebastián, que me ayudan a ver el mundo de diferentes colores. A mi mujer, por su paciencia. A mis hijos por su bendita poca paciencia. A mi perrita Naomi por estar siempre junto a mis pies mientras escribo. A todos los que no entran en estos grupos y me han influido con sus vidas. Finalmente, a la pandemia por obligarme a parar y exigirme pensar.*



# **INTRODUCCIÓN**

Cada año, todo el país, gente de derechas y de izquierdas, altos y bajos, listos y tontos, ricos y pobres, viejos jóvenes y jóvenes viejos, nos confabulamos para hacer felices a los niños. Vivimos esa gran mentira que nos une durante unas horas por un bien común tan noble como es la felicidad de nuestros pequeños.

Damián disfruta junto a Pedro preparando cada año los regalos para sus primos mientras imaginan su cara de alegría al abrirlos. Hace tiempo que solo puede imaginar la vida en vez de verla, pues perdió la vista en un fatal accidente.

Desde aquel fatídico día, cierra los ojos cada día para sumergirse en sueños, en los que la vida le da la oportunidad de ser feliz antes de despertar.

Durante el día, tiene que escuchar tantas palabras de ánimo y exaltaciones de sus superaciones personales que ha terminado por odiarlas. Cada mañana, el frutero, Pedro, la Paqui y el resto del pueblo, con la buena voluntad de hacer que Damián se sienta bien, describen la ceguera como «otra capacidad» o exaltan su ejemplaridad con frases de autoayuda, como «ha sabido aprender a levantarse». Damián, al principio, llegó a creerse todo eso, hasta que llegaba a casa y todo aquel bullicio se tornaba en silencio y este, finalmente, en profunda depresión. Ha asumido su papel como si fuese un trabajo en el que se siente obligado a dar energía a su alrededor sin poder quejarse, convertido para todos en

un espejo donde mirarse. Cuando llega la noche y se encuentra en medio de aquel silencio, le invaden sus peores pensamientos y entonces se cuestiona su papel ante la gente en el pueblo. Al fin y al cabo, esa actitud de dar ejemplo y energía a los demás quizás no tenga un fin altruista y lo haga por la necesidad vital de no dar pena. A pesar de estas dudas, cada mañana siente la necesidad de mostrarse fuerte y ponerse una máscara de superhéroe con la que dar lecciones de vida. Es el gran Damián, el chico que superó su fatalidad y ahora, a pesar de su discapacidad, es un talentoso y reconocido pintor. Por la noche, mientras duerme, al menos se reconcilia con la vida mientras disfruta de sus sueños, con imágenes e historias que siente reales.

Damián, que ha aprendido a desenvolverse en la vida, entra en casa cada día cumpliendo sus rituales. Deja de ser el superhéroe del pueblo y comienza a palpar la pared para ubicarse. Una vez cierra la puerta y deposita las llaves en el mueble de la entrada, cuenta cuatro largos pasos, palpando con las manos el gotelé, hasta llegar al marco de la puerta del baño. Antes, Jennifer, la chica que lo ayuda durante el día, se ha preocupado de dejarle todo ordenado, de manera que cada uno de sus movimientos encaja en sintonía con su entorno. Si ha cenado fuera en uno de los muchos compromisos relacionados con su trayectoria artística, una vez ha entrado y ha llegado al baño, en menos de cinco minutos se asea, se limpia los dientes y tiene todo preparado para irse a la cama. Intenta minimizar el tiempo de pensamiento en soledad que lo lleva a deprimirse cerrando los ojos como liturgia antes de empezar a soñar y adentrarse en historias y vidas en las que siente que es una persona normal. Exceptuando los sueños, solo sus cuadros le hacen sentirse realmente vivo, aunque guarde en secreto que en realidad no le gusta pintar.

Damián se acerca cada día a su cama arrastrando los pies con pasos cortos sin evitar el cotidiano golpe en el peroné



con la esquina del somier. Porque a Damián no siempre lo dejan elegir, ya que se da por hecho que hay una relación entre el buen gusto y el sentido de la vista. Por ello, a veces son personas con los cinco sentidos intactos quienes eligen sus muebles o su ropa. Como consecuencia del gusto de otros, no tiene una de esas camas en las que te puedes sentar y mantener las piernas en un ángulo natural y ergonómico de 90 grados, como si estuviese sentado en el autobús. Tuvo que claudicar y comprar esa otra cama moderna, ese futón en el que uno no puede sentarse porque es muy baja y donde el somier queda justo a la altura del peroné. Del horterero gotele nadie decía nada, pero la cama debía tener un punto moderno, tal vez para compensar las paredes.

Aparte de eso, siempre que le dejan, su vida es una búsqueda de pragmatismo: la altura y las distancias de los muebles o su facilidad de uso, rechazando por lo general el diseño en pro de la practicidad. Pero la cama no la pudo elegir y con ese dolor en el peroné y la rabia contenida, al tiempo que insulta brevemente al futón, se introduce en la cama con el mismo movimiento de siempre: primero el culo, luego las piernas flexionadas de lado y finalmente estiradas. Una vez dentro, cierra los ojos, también por una cuestión pragmática. A veces, entre el rato de pensamientos en soledad y los sueños, escucha un poco en la radio debates políticos. Alguien que carece de un sentido tan importante como la vista, escucha con enfado primero y luego con desidia esos debates y esas apropiaciones de la libertad por parte de los políticos. A Damián todo le suena muy lejano a su realidad... Esa gente que se queja de falta de libertad, pero puede elegir el color del armario o del fondo de pantalla del móvil. Algo que para él es aleatorio o cuidadosamente elegido por Jennifer, quien, dadas las circunstancias, tiene un gusto que Damián nunca llegará a poder valorar.

Una vez ha pensado, se ha deprimido, ha escuchado la radio, se ha enfadado con los políticos y se ha dormido,

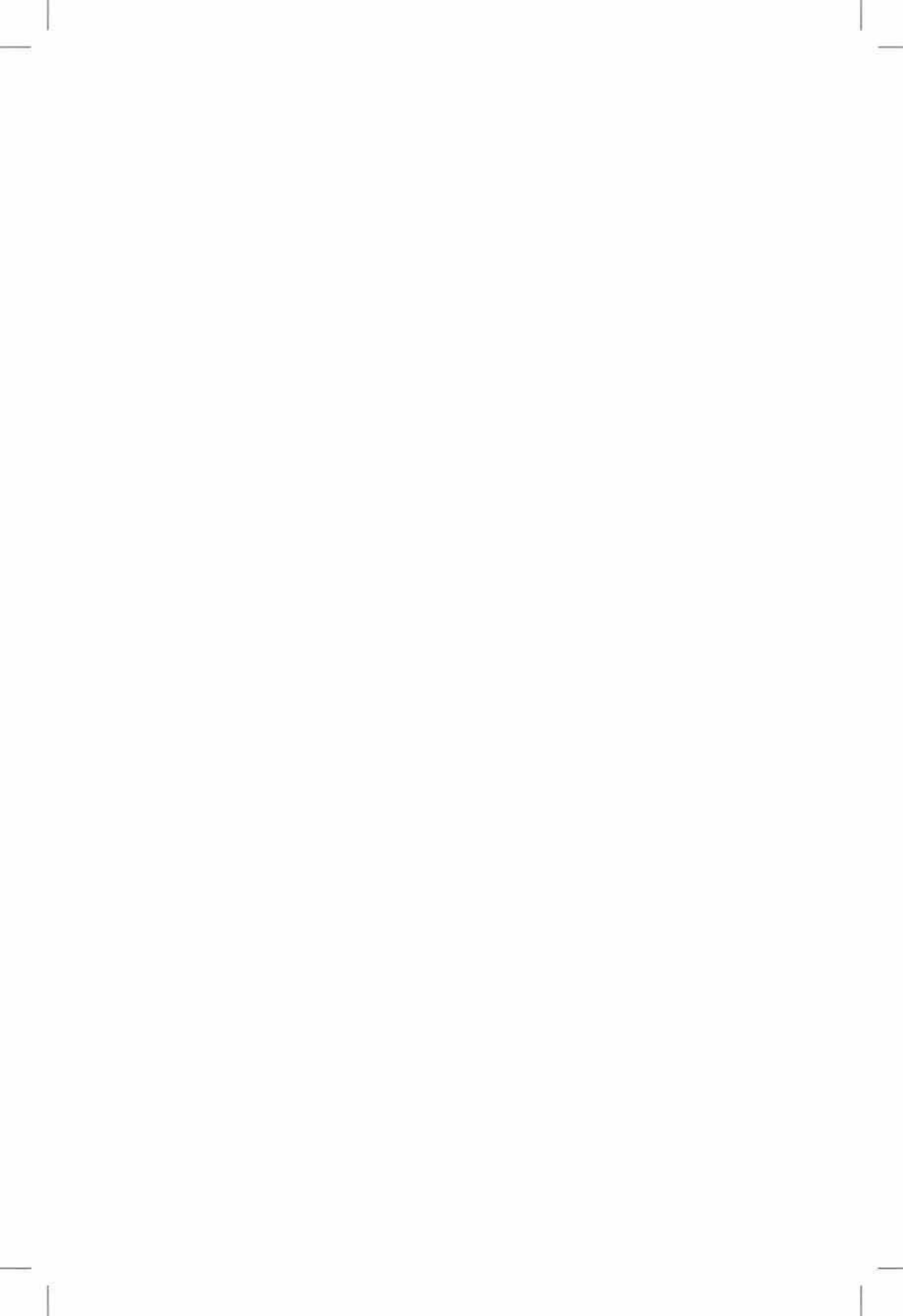
comienzan en su fase REM sus sueños profundos. En ocasiones, los narra en la grabadora del móvil nada más despertarse, sobre todo donde aparece repetidamente una extraña mujer. Algunos de esos sueños lo atormentan. Como aquel en el que abrió los ojos en un quirófano donde agonizaba mientras escuchaba a los médicos hablando entre ellos de fútbol, algo que en el sueño le pareció normal, pero una vez despierto le produjo estupefacción, hasta el punto de mirar después con malos ojos a Enrique, su médico de familia, cuando lo visita debido a sus múltiples síntomas hipocondríacos. Desde ese sueño, su relación con los médicos no ha vuelto a ser la misma. Tras la tertulia futbolística de los cirujanos del quirófano, Damián abrió los ojos dentro del sueño y vio el rostro borroso de una mujer que apoyaba la mano en su torso con intención de calmarle. Dejaba entrever un tatuaje en la muñeca con unas palabras que no llegaba a leer. La chica bajaba la mano y acariciaba lentamente el cuerpo de Damián hasta llegar a la altura de sus manos, que apretó con fuerza. En su campo de visión aparecía otra mujer, que relacionaba con algún médico o enfermera, por el color de su ropa. Se acercaba y levantaba suavemente la cabeza de Damián, que rodeaba cuidadosamente con una venda hasta taponarle completamente la visión. Así, volvía a escuchar la conversación de los médicos, que continuaban hablando desinteresadamente de fútbol. Damián se sentía entonces ofendido, pues parecía que menospreciaban a su Atlético, y uno está preparado para sufrir, pero no para aguantar improperios como aquellos. Cosas de los sueños, por arte de magia, de repente la venda se había esfumado. La ceguera volvía a oscurecerlo todo mientras los doctores seguían hablando de fútbol hasta que decidieron dejarlo solo, pues, según sus palabras, ya no podían hacer nada por él. Damián se preguntaba la razón de esa rendición, porque él se sentía vivo y suplicaba que volviesen. Entonces pensaba que, si lo abandonaban porque era del Atlético, dadas las

circunstancias, estaba dispuesto a ser del Real Madrid con tal de que no lo dejaran agonizando. Todos sus miedos desaparecían y surgía una paz interior cuando la extraña mujer del tatuaje lo cogía de la mano. Damián se despertó con su imagen grabada en la memoria.



# ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	7
CAPÍTULO 1 RECUERDOS.....	15
CAPÍTULO 2 EL PUEBLO.....	21
CAPÍTULO 3 LA FAMILIA.....	29
CAPÍTULO 4 SUSANA, LA EMPERATRIZ JAPONESA.....	33
CAPÍTULO 5 LA INVESTIGACIÓN.....	41
CAPÍTULO 6 EL CEMENTERIO.....	69
CAPÍTULO 7 LAS DUDAS.....	77
CAPÍTULO 8 EL POLÍTICO Y EL PODER.....	85
CAPÍTULO 9 LLEGAR DEMASIADO LEJOS.....	95
CAPÍTULO 10 EL RETORNO DE MARIBEL.....	135
CAPÍTULO 11 LA VERDAD.....	149
CAPÍTULO 12 LA ÚLTIMA EXPOSICIÓN.....	169



## **CAPÍTULO 1**

# **RECUERDOS**

Damián está con Pedro tomando un café en un viejo bar del pueblo. Vivió con él y sus padres hasta que Damián pudo desenvolverse de forma independiente. Pedro lo había ayudado económicamente y después había gestionado sus beneficios como pintor junto con Alberto, que ejerce de mecenas y lo acompaña (a él y sus cuadros) por los pueblos de la zona. Pedro disfruta viéndolo pintar porque piensa que le da una razón para vivir después del accidente y Damián se ve obligado a pintar porque cree que así satisface a quien lo ha dado todo por él. Sin preguntarse, uno hace algo porque piensa que al otro le gusta y este disfruta pensando que la persona goza haciendo lo que hace, aunque el primero odie hacerlo y el segundo no sienta ningún placer personal en ello. Al fin y al cabo, nada difiere de cualquier relación matrimonial.

El bar en el que están es donde la Paquita sirve cafés desde siempre, sin ninguna posibilidad de que esto cambie. Hay bares que están antes que el lugar y, si no están, pierden la condición de lugar. Sin ellos, pasan a ser otra cosa, otro sitio, otro pueblo. Estos bares tienen nombres que nadie conoce porque se han sustituido coloquialmente por otros como «el de la esquina», «el bar», «el prime» (por ser el primero) o «el de la Paqui». Esos cafés que sirve la Paqui desprenden un olor que transmite tranquilidad y cierta

ociosidad. La Paqui repite la misma operación cada mañana mientras vierte café en las tazas y los vasos. Nadie puede evitar tomar ese café muy cargado, a la cubana, con ese olor bendito que transporta a Damián a La Habana, donde no ha estado nunca, pero que se la imagina como una ciudad intensa y a la vez relajada. Cuando baja a tomar un café, mantiene charlas distendidas con Pedro y con otros amigos de Tornado pueblo y así colma sus necesidades de confraternizar. Procura aferrarse a esa cotidianidad para salir de los sueños, pero no siempre lo consigue. Ese olor a café de La Habana le recuerda que se acerca el momento de socializar y, como parece ser que el olfato es el único sentido que va directo a la zona límbica del cerebro donde se desarrollan las emociones, ese olor va directo al corazón.

Este bar es de esos en los que sus dueños lo son ya para siempre, hasta que dejan de serlo por algún infortunio inesperado, como le ocurrió a Damián con la vista. A su dueña, la Paqui, Damián se la imagina gordita, pues su voz no parece salir de una garganta tensa y fina. Piensa que esa voz debe pasar por lugares acomodados, rebotar por paredes acolchadas y grasientas, disfrutar durante su escape y salir por la boca sin el sufrimiento de una garganta seca y escueta. Se la imagina con rizos negros y cabello difícil de peinar que probablemente se sujete con una pinza, que es lo único que le debe permitir agarrar un pelo como el suyo. Esta es la imagen que tiene Damián y es suya, con lo cual la Paqui es tal y como él la imagina. Ahí está Damián, planificando con Pedro una exposición, cuando, sin saber qué los lleva a ello, comienzan a hablar de sus sueños. Posiblemente hablan del pasado que ya no recuerda porque sus preguntas y curiosidades van dirigidas a conocerlo e intentar recordarlo. Porque Damián no solo perdió la vista en aquel accidente. Damián perdió también la memoria.

—Damián, no podemos ponernos a buscar un fantasma de un sueño tuyo por muy real que te parezca. La gente



no va por la vida buscando lo que ve en sueños, entre otras cosas, porque no hay nada coherente en ellos. Nos pasaríamos el día persiguiendo monstruos o nuestros pantalones si hemos soñado que estamos en calzoncillos en el autobús, o parejas imposibles, o Gotham si hemos soñado que somos Batman. No puedes buscar un tatuaje por el mundo ni ir preguntando a todas las mujeres si son la princesa que aparece en tu sueño. ¿Qué hacemos? ¿Ponemos un anuncio en la televisión?

—Pedro, no tengo la menor idea de qué podría hacer. ¿Y si son recuerdos? ¿Y si conocí a esa chica? Mis sueños se construyen a partir de recuerdos porque ya no veo y ninguna imagen actual puede salir de mi subconsciente. Pero ella parece muy real y siento amor y paz dentro de mí cuando está cerca. Tú sabes quién me visitaba al hospital y, aunque dices no recordar a una mujer con un tatuaje, tampoco rechazas categóricamente esa posibilidad. Nadie quiere ni querrá a este inválido, pero si supiese si alguien lo hizo alguna vez me haría feliz. —Tras un silencio en el que Pedro no sabe qué decir, Damián modifica la estrategia de su discurso cambiando el corazón por el raciocinio y los datos médicos—. El neurólogo dijo claramente que en este tipo de lesiones que inciden en la memoria episódica se pueden producir regresos esporádicos de los recuerdos. La amnesia retrógrada que aparece tras accidentes o lesiones cerebrales afecta a recuerdos anteriores al episodio, en mi caso el accidente. Soy consciente de la suerte de que no me afecte a habilidades como pintar, pero la realidad es que esa imagen que me viene en los sueños podría ser un recuerdo que estoy recuperando. ¿Me quieres decir si hubo alguna mujer en mi vida antes del accidente?

—¿No eres feliz, Damián?

Pedro se siente incómodo y quiere dejar la conversación. Que Damián no sea feliz es algo que se toma muy a pecho. Lo ha dado todo para que lo sea y en esta conversación

no siente ninguna gratitud por su esfuerzo.

—Sí, hombre. Sabes que pintar me llena la vida y que quiero hacerlo toda mi vida, pero entiéndeme, ¿quién tiene una vida plena sin amor? No quiero pensar en ello, pero... ¿y si alguien me quiso alguna vez? Es una pena que no puedo redimir, pero al menos entiende mi necesidad de conocer mi pasado. Pero sabes que te quiero, Pedro, que te lo debo todo y que no quiero que te castigues poniendo en duda mi sensación de felicidad o de realización.

Dejan la conversación y dejan también la tapa de tortilla amarillenta de la Paqui. Cuando esta va a poner una tapa y Damián escucha abrirse la vitrina, sabe que le va a tocar la tortilla mustia y ya solo queda rezar y esperar a ver si está recién hecha. La realidad es que hay dos tipos de tortilla en el bar de la Paqui: la que pides pagando, que está en su punto, y la que ofrece gratis con la bebida. Uno, por educación, pues es gratis, deja que se la sirvan a pesar de que la única vez que Damián la probó, quizás por casualidad, estuvo un día con diarrea encerrado en casa. Entiende que, teniendo en cuenta su ceguera, quejarse por la tortilla o por una cagalera es como si, después de haber pisado una mina, alguien que acabara de perder ambas piernas se quejara de una picadura de un mosquito en la frente.

Pedro lo acompaña como casi siempre hasta su casa, donde Damián se mueve con cierta autonomía, contando pasos y tocando la pared como referencia, y se mete en la cama llorando, pidiendo a algún Dios que le devuelva la visión que un día tuvo y ya no tendrá nunca más.

Mientras se acomoda en la cama, recuerda lo que un día Pedro le dijo sobre una frase de algún famoso de esos que nombra queriendo impresionar como si fuese culto: «Si un árbol cae en un bosque y nadie está ahí para oírlo, ¿hace algún ruido? Si al caer el árbol no hay nadie cerca de él para captar el sonido, no hay ruido. El mundo sin ver no es mundo, no es nada más que lo que imagine cada uno. Einstein

decía que cuando no miraba la Luna, la Luna no estaba ahí». Y después de pensar en ello y sin sacar ninguna conclusión, Damián apaga la luz y se duerme para soñar.



## **CAPÍTULO 2**

# **EL PUEBLO**

Como las mañanas son aún frescas, Antonio aprovecha para andar cada día a ritmo alegre por el paseo marítimo de Tornado disfrutando de su jubilación después de tantos años trabajando como policía local. Ha quedado como siempre a las doce en punto con sus amigos del sector. Del sector de la jubilación, para ser más precisos. En el bar de la Paqui mantienen cada mañana largas tertulias apurando un café o unos vinos y unas cervezas con unas tapas los días más animados.

—Buenas, Antonio. —La Paqui asoma por la barra con un trapo sucio, con el que limpia la superficie antes de aposentárselo en el hombro. Es más probable que la barra limpie el trapo que este saque algo de brillo a la superficie por donde lo pasa.

—Bueno días, Paquita. —Antonio es de los que terminan los nombres. No es Paqui, es Paquita, y no es María, es María Luisa. Saluda cada día efusivamente a las mismas personas, como quien ve a un antiguo compañero de clase después de veinte años, dejando claro que ahí está él. Según llega a la barra coge la banqueta, se sienta y, apoyando los brazos en la barra, se dirige a la dueña del bar—. Paquita, mujer, hoy ponme una cerveza, que he andado diez kilómetros y necesito hidratación. —La Paqui, sin decir nada, coge una cerveza bien fría, desprende la chapa, pasa por la

boquilla el trapo que aparenta no limpiar desde el 36 y apoya la cerveza con energía encima de un posavasos que, algo curvado por la humedad y con manchas, parece estar aquí también desde la Guerra Civil.

El bar está ahí desde que todos en el pueblo tienen recuerdos. Con el tiempo, vinieron más y el pequeño paseo marítimo se llenó de bares y restaurantes, pero todo aquel que lleve al menos treinta años viviendo en Tornado no falta a las tertulias del bar de la Paqui. Mantiene, además de la grasa en las paredes, el encanto desde hace más de cincuenta años, cuando Joaquín, el padre de la Paqui, inauguró el bar. En aquel entonces apenas había novecientos habitantes y hoy habrá unos nueve mil. A lo largo de una larga barra, bien protegidas por vitrinas, hay todo tipo de raciones, cada cual menos apetitosa. Nadie las pide y estas raciones son las que la Paqui termina ofreciendo gratis con las consumiciones, pero todos conocen la «generosidad» de estas tapas. Hablar de la Paqui es hablar de cantidad sin valorar calidades. Fuera del bar hay unas mesas donde se puede disfrutar de la brisa y donde, debajo de un toldo ajado, las Marías y otros vecinos del pueblo se sientan para cotillear sobre los viandantes.

Antonio ha dado los primeros tragos de cerveza y tiene los labios humedecidos con su espumita cuando entra Paco, el cura, que por respeto a su oficio hace gala de una falsa timidez hasta que se toma un par de cañas y se quita de encima la carga de Dios. Va sin sotana y al dirigirse a alguien procede, como siempre, con naturalidad a la vez que pies de plomo.

«Usted no cree en Dios», le murmuró a Damián al término de su primera charla con él, cuando se retorció de dolor al pensar que ya nunca más podría ver. «Quizá haya alguna forma de plegaria que pueda ayudarlo a sobrellevarlo, Damián». Paco siempre tiene una respuesta de libro para las penas ajenas, aunque su repertorio de homilía no sea válido

cuando va de cañas.

—Buenas, Paco, ¿te unes a la tertulia? El país está muy mal, con los rojos uniéndose con los etarras y los otros robando sin parar. Al final voy a terminar votando a los fascistas, que al menos mantienen la cruz en los colegios. Aunque tú, Paco, siempre has sido un poco rojo para ser cura. — Antonio sonríe y vuelve a dar un sorbo a su cerveza. No es bebedor habitual, pero cuando vislumbra posibles tertulias interesantes o compañeros de ronda no duda en cambiar el café por las cervezas, a pesar de la tapa de tortilla mustia que las acompaña.

—No jodas, Antonio, ya sabes que no me importa eso de la política. Me importan las personas.

En este momento aparece José Carlos, policía del pueblo, que está fuera de servicio. No dice nada y se dirige a ellos con la cabeza baja y los labios apretados, como queriendo transmitir cierta preocupación. Antonio no repara en ello porque está, mano alzada, pidiendo otra cerveza. El policía coge con energía un taburete, se sienta y apoya un brazo en la barra. No hace falta que pida nada, pues la Paqui, que está cortando un trozo de tortilla amarillenta y mustia para la tapa de Antonio, sabe perfectamente qué quiere tomar. José Carlos agacha la cabeza con la intención de que los demás hagan lo mismo, como cuando el capitán de un equipo de rugby junta a sus compañeros para señalar jugada de manera que puedan hablarles sin que nadie los oiga. Como ve que no todos le siguen la corriente, levanta la cabeza y los señala con el brazo musculado y terso y, con la agresividad que lo caracteriza, dice:

—Escuchadme, coño. He oído que Maribel va a venir al pueblo este verano.

Acto seguido, se queda en silencio mirando directamente a Antonio y a Paco mientras estos sujetan su cerveza. Mantiene los ojos muy abiertos, tanto que parece que se le salen de las órbitas. La respuesta es un silencio desconcertante.

Hay silencios pensativos, silencios miedosos, silencios de indiferencia..., pero este es un silencio por falta de consenso. No se sabe si eso es malo, bueno o indiferente. La Paqui, al otro lado de la barra, observa las caras y puede extraer diferentes historias, desde José Carlos y su preocupación, a Antonio, que parece estar en sintonía con él. Antonio es de los que saben aparentar que entienden algo, aunque su cerebro esté a otras cosas. Su teatro se sostiene hasta que ya no aguanta más fingiendo preocupación por algo que no ha entendido y levanta la cabeza y da un sorbo a su cerveza, saboreando la espuma que le ha quedado en los labios.

—Pero qué mierdas, ¿no lo entendéis?

—A ver, José Carlos, te entiendo, pero no lo veo tan peligroso. —Antonio intenta reducir la tensión, que por otra parte no comprende a qué se debe—. Mira, por aquí viene Óscar y seguro que nos podemos entender.

—No jodas, Antonio. Es su padre y no será capaz de decirle a su hija que no venga al pueblo.

Óscar entra con un periódico en la mano y muchas ganas de tertulia, y la preocupación por Maribel se desvanece entre discusiones de política, viejas historias de la Guerra Civil y de la dictadura y el poso que ha dejado en la moral cristiana actual. Todo los temas están muy por encima de las capacidades intelectuales de los que discuten, pero ante las mismas carencias intelectuales las fuerzas se igualan en el combate dialéctico. Luego vienen, por supuesto, los recuerdos de las fiestas y de las borracheras juveniles, donde el tema ya encuentra cabida intelectual, aunque hay fuertes lagunas y desavenencias relacionadas con la mala memoria de los contertulianos. Son recuerdos que a lo largo de los años han ido cambiando hasta convertirse en historias diferentes a las originales. Óscar siempre ha sido un hombre muy culto, que esconde detrás de los libros sus debilidades y frustraciones por haberse quedado solo en vendedor inmobiliario y no haber sido capaz de salir de Tornado. Hace tiempo que



su hija Maribel se fue a Madrid a estudiar. La verdad es que nadie habría apostado por que esa chiquilla morena y con rasgos fuertes, muy poco dada al estudio, terminase yendo a la universidad.

Es ya la hora de ir a comer y mientras Alberto recoge sus cosas y Paco va al baño, José Carlos aprovecha para coger con fuerza del brazo a Óscar y presionarlo hasta que este se agacha y gira la cabeza para escucharlo a escasos centímetros de su boca. José Carlos puede parecer agresivo, pero todos saben que nada es personal y que todo se debe a su aspecto nervioso y a su forma de ser, algo brusca y poco agradable si te toca estar enfrente. Cuando Antonio y Paco regresan del lavabo, José Carlos suelta con disimulo el brazo de Óscar. El camarero, que los estaba observando, decide romper el hielo sacando unos vasos en los que les sirve unos vinos a los que invita la casa. José Carlos sonríe y gira el taburete con los codos apoyados en la barra mientras mira a Óscar.

—Me han dicho que vuelve tu hija.

—Te han dicho bien. Viene a vernos este verano. Sabes que en los veranos no hay exposiciones. No te preocupes.

—No debería venir, y lo sabes. Hay cosas que no se deben remover o todo el trabajo hecho hasta ahora se irá a la mierda.

—Mira, José Carlos, lo primero que te digo es que recuerdes que esa Maribel de la que me hablas es mi hija, y lo segundo es que creo que ya hemos hecho mucho bien por el pueblo. No debemos nada a nadie. Tengo la conciencia muy tranquila.

—No la cagues, Óscar, o...

—¿Me estás amenazando? —Tras unos segundos, Óscar baja la tensión—: Descuida, que no la cagaré.

Seguidamente, coge su periódico y, apretándolo con fuerza, se levanta del taburete y sale por la puerta tratando de demostrar lo enfadado que está. José Carlos no parece

darse por aludido y se queda para terminar su vinito tranquilamente. No es de esos a los que el enfado ajeno les afecte. Continúa bebiendo sin hablar con nadie, salvo con el camarero, y solo se levanta para orinar. Tiene que hacer tiempo antes de ir a su turno de trabajo.



Pedro ha renovado el agua del jarrón y ha introducido un ramo de flores frescas. Está limpiando la lápida con el paño cuando su teléfono suena y rompe la paz del entorno.

—¿Quién es?

—Hola, Pedro. ¿No tienes guardado mi teléfono, cabronazo?

—Joder, José Carlos... Claro que lo tengo, pero me has pillado con las manos ocupadas y no he podido mirar quién llamaba.

—¿Otra vez en la tumba, Pedro? No tienes jodido remedio. Hay que empezar a olvidar. ¿Sabes quién viene al pueblo?

—¿Bertín Osborne? —Mientras habla, Pedro no para de limpiar la lápida, que deja más limpia que la barra de la Paqui.

—Joder, ya me gustaría. Ese es un español de los de verdad, que sabe decir las cosas claras y no se anda con tonterías.

—Sí, José Carlos... solo tú puedes dar carné de patriotismo. —Pedro no soporta todo lo que venga de la derecha, pues es un idealista a pesar de haber crecido en una familia a la que no le falta de nada. Tener unos padres millonarios y conocidos le hace blanco fácil de las acusaciones de ser incoherente ideológicamente.

—Ya estás con tus cosas de rojos, macho. Vamos a lo importante. Óscar me ha confirmado que Maribel vuelve este verano.

—¿Quieres que hagamos una fiesta o algo similar?

Pedro se ha cansado de perder el tiempo y hacer malabares con el móvil en la mano, así que conecta el altavoz y apoya el aparato encima de la tumba de mármol, de manera que puede hablar de cosas sin importancia mientras continúa con la limpieza de la lápida.

—Pero... ¿y si cuenta todo? —Al escuchar estas palabras, Pedro decide coger el teléfono, aprieta el botón que inhabilita el altavoz y, tras mirar a derecha e izquierda, contesta con un tono bajo pero enfadado, como cuando tu madre te regañaba en la iglesia o en el cine.

—José Carlos, basta ya. Cuando se confirme que viene hablamos y vemos qué hacer. Igual hay que hablar con ella y todo se soluciona. Qué manía con adelantar problemas que igual luego no son. Eso sí, si vas a estar así de nervioso, esto sí que puede terminar siendo un problema. Mañana hay una exposición de Damián. Vamos a centrarnos en ello. — Pedro cuelga sin demora, se apoya en la rodilla para ponerse en pie, recoge el trapo y el móvil y, después de observar una última vez la lápida, vuelve a casa.



## **CAPÍTULO 3**

# **LA FAMILIA**

Esta mañana hay una exposición de pintura. La organiza el Ayuntamiento cada año desde que adoptó a Damián una vez apareció en el pueblo, sin padres ni nadie que pudiese hacerse cargo de él.

María y José Antonio, los padres de Pedro, lo cuidaron como a un hijo y Pedro ha sido durante todo este tiempo un hermano para él. Tornado tiene un buen auditorio, posiblemente muy por encima de sus posibilidades; surgió en esos momentos en los que el dinero faltaba para actos justos, pero sobraba para demostraciones de poder y emulsiones de testosterona.

Para un pueblo como este, poder diferenciarse de las localidades vecinas alimenta orgullos y egolatrías, además de proporcionarle una identidad. Es pequeño, no tendrá más de nueve mil habitantes, aunque en verano se llena de gente, normalmente extranjeros. En concreto, suecos, gracias a un intercambio cultural con un pequeño enclave de Suecia. Para los habitantes de Tornado, los suecos son como alemanes buenos, que no resultan antipáticos ni se limitan a beber y pasear su superioridad racial por sus calles. Aún no hay ni suecos ni hace demasiado calor y el pueblo se viste de gala para presentar la última exposición de Damián, que se prepara en casa para el evento. Hace ya tres años que Damián dejó la casa de Pedro y vive ya solo con la ayuda de

una asistente. Jennifer le deja ordenada la ropa por colores de manera que Damián puede incluso conjuntar ropa. Tal vez sería capaz de conjuntarla bien, pero utiliza su ceguera para excusar su mal gusto.

Ya está Damián vestido elegantemente cuando María y José Antonio llaman a la puerta. Se han preparado para la ocasión. María parece una folclórica y José Antonio un cantaor gitano y, sin menospreciar a estos, creen haber llegado al culmen de la belleza. Jennifer les abre y los invita a entrar mientras los observa abriendo exageradamente los ojos y levantando las cejas. Señala disimuladamente con la cabeza el salón, tratando de explicarles sin palabras lo que van a encontrarse.

—Mierda de camisa. No me entra y lo que más me fastidia es que sabías de sobra que necesitaba una camisa nueva. No me sigas la corriente, Jennifer, que te conozco y mientras me dices que sí a todo me pones una camisa hawaiana. — Jennifer sabe cómo tratar a Damián. Tanto que utiliza mucho la ironía para remover sus pensamientos y ayudarlo con sentido común a retomar el camino correcto.

—Sí, mi señor —le dice con tono burlón—. Usted sabe que todo lo que quiere su sargento se convierte en realidad, pero también es consciente de que no sabe si le visto con una camisa de flores.

—Cuando alguien me avise de que voy vestido de hawaiano será demasiado tarde y estaré ya en medio de la presentación.

—Hola, Damián. —José Antonio, que lleva un rato escuchando la conversación, lo saluda sin querer entrometerse, pero con cierta necesidad de avisar de su presencia—. Ya estamos aquí. Cuando quieras vamos. Por cierto, muy bonita tu camisa de flores. —José Antonio es serio, pero también sabe bromear.

—Joder, José, qué susto. Eres como tu hijo, que no me entero si entra por la puerta.

—Sí... Pedro manejaba muy bien esto cuando, sigiloso como un ninja, entraba de noche borracho después de una fiesta. Oye, ¿no será que te estás quedando sordo? Yo pensaba que los ciegos teníais superpoderes y oíais el silbido de una mosca a kilómetros de distancia.

—Papito, no seas cabroncete.

—Volviendo a la tierra, Damián, ¿cómo llevas el discurso? ¿No me vas a enseñar antes alguna foto de tus cuadros?

—Estoy cansado, José. Apenas he preparado el discurso. Llevo diez años presentando mi colección en este auditorio y necesito que me conozca más gente. —Damián avanza contando los pasos y palpando la pared. Una vez toca el zócalo con el pie y nota una pequeña hendidura, sabe que dando dos pasos más se encontrará con la puerta del armario. Dentro hay diez cajones, siete con camisetas y jerséis y tres con pantalones. Los cajones corresponden a un color de ropa y así Damián es capaz de combinarlos.

—Has presentado ya en todos los pueblos cercanos. No conozco a nadie más con tu éxito.

—Qué mierdas es eso, José. ¿Qué es el éxito? Ya no pinto por gusto, pinto porque quiero que más y más gente me conozca. He pasado de querer ser una especie de grupo *indie* a querer ser algo más parecido a Britney Spears.

—No jodas, ¿Britney Spears?

—Tiene que ser millonaria.

—¿Lo haces solo por eso? Presentas una exposición cada trimestre con una subasta que te da un sueldo digno para vivir haciendo lo que te gusta. ¿Quieres prostituirte artísticamente?

—José, macho, ¿piensas de verdad que alguien hace arte para tenerlo en casa con algún absurdo objetivo como no vender? Me imagino que cuando la Paqui abre el bar piensa también que no quiere vender, no vaya a ser que viva de puta madre.

Mientras tanto, María sale del baño frotándose las

manos y escuchando de fondo la conversación con muy pocas ganas de meterse en ella. Se mueve despacio, dejando en cada paso la pierna de apoyo sola al contacto con el suelo mientras mueve la otra y avanza lentamente, balanceándose y mirando a su alrededor. Observa los cuadros de Damián colgados en las paredes de gotelé y, a la altura de la mesilla de la entrada, se fija en unas cartas. Le llama la atención un sobre grueso abierto con publicidad de una clínica privada. María es de naturaleza curiosa, de las que ve *Sálvame* cada día, y en este momento su curiosidad sobrepasa la línea del conocimiento y se planta ya en el mundo del cotilleo. Ese cotilleo que no alimenta dudas, saberes o intelectualidad, sino que alimenta ese cosquilleo que no te deja parar de pensar en algo. Por decirlo de otra manera, nada en su vida cambiará leyendo esa carta, pero no puede evitarlo, así que mira con cuidado el sobre, donde se puede leer «Clínica Alberto Sánchez Garmendia». Dentro hay un folleto y una hoja de aceptación de presupuesto donde pone algo así como «terapia genética». Oye un ruido que la asusta y rápidamente, sin saber aún de qué se trata, deja en su sitio la carta y entra en el salón.

—María, mujer, qué susto me has dado. Aquí estoy con el artista, preparándonos para salir —dice su marido.

—Hola, Damián. —María ha sido todo este tiempo, desde que lo adoptaron, algo así como su madre, pero nunca ha llegado a tener con él la relación que tiene con su marido y con su hijo.

—Estoy segura de que tenéis muchas cosas de las que hablar, pero no podemos llegar tarde. La alcaldesa estará a punto de llegar a la sala.